



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

**HOMILIA DEL EXCMO. MONS. ÁNGEL CARABALLO, XVIII DEL
TIEMPO ORDINARIO, FIESTA DE LA TRANSFIGURACIÓN DEL
SEÑOR. PARROQUIA DEL DIVINO NIÑO. CAMICOL
06/VII/2023**

«Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escúchenlo». Mt 17, 5

Queridos hermanas y hermanos, queridos jóvenes que participan en el Campamento Misionero de la Costa Oriental del Lago (CAMICOL), en este décimo octavo domingo del tiempo ordinario, el Evangelio de la Transfiguración del Señor pone delante de nuestros ojos la gloria de Cristo, y nos invita a escuchar a Jesús.

¡Cuánta alegría siento al ver tantos jóvenes participando en el Campamento Misionero de la Costa Oriental! Agradezco al P. Jesús Rosillo, y a la comunidad parroquial la acogida que han brindado a estos jóvenes, quienes escuchando el apelo del Papa Francisco “hagan lío”, “evangelicen”, han dejado sus casas, comodidades, y han sacrificado parte de sus vacaciones y se han retirado a esta Iglesia, para encontrarse con Jesús, en la oración y la santa misa, para después, llenos del Espíritu Santo, anunciar el mensaje de la salvación.

La Transfiguración es un acontecimiento de oración: orando, Jesús se sumerge en Dios, se une íntimamente a Él, se adhiere con su voluntad humana a la voluntad de amor del Padre y así la luz lo invade y aparece visiblemente la verdad de su ser: él es Dios, Luz de Luz. La voz del Padre, que resuena desde lo alto, proclama que Jesús es su Hijo predilecto, como en el bautismo en el Jordán, añadiendo: **“Escúchenlo”** (Mt 17, 5).

Permítanme centrar la reflexión de este día en la oración. Seguro que conocemos la definición de Santa Teresa de Jesús “orar a mi parecer es tratar de amistad, estando a solas, con quien sabemos nos ama”. Para que exista verdadera oración es necesario que exista comunicación, es decir, que uno hable y el otro haga silencio, para después, poder contestar. Hoy el Señor nos invita a escuchar la palabra del hijo amado.

¿Dónde habla Jesús hoy, para que le podamos escuchar?

Nos habla, ante todo, a través de nuestra conciencia. Ella es una especie de «repetidor», instalado dentro de nosotros, de la voz misma de Dios. Así lo expresa el Concilio Vaticano II: “la conciencia es el sagrario desde donde habla el mismo Dios”. Pero, por sí sola ella no basta. Es fácil hacerle decir lo que nos gusta escuchar. Por ello necesita ser iluminada y sostenida por el Evangelio y por la enseñanza de la Iglesia.

La Palabra de Dios escrita, especialmente el Evangelio, es el lugar por excelencia en el que Jesús nos habla hoy. Dice San Ambrosio: “A Dios hablamos cuando rezamos, a Dios escuchamos, cuando leemos la Escritura”. Pero sabemos, por experiencia, que también las palabras del Evangelio pueden ser interpretadas de maneras distintas. Quién nos asegura una interpretación auténtica es la Iglesia,

instituida por Cristo precisamente a tal fin. “Quien a ustedes los escucha, a mí me escucha” (Lc 10, 16), dijo Jesús a sus apóstoles, continuadores de su obra. No somos menos afortunados por no haber conocido a Nuestro Señor Jesucristo en persona, porque lo podemos conocer a través de sus palabras que son vivas y eficaces. Al respecto, nos dice San Agustín: “Nosotros debemos oír el Evangelio como si el Señor estuviera presente y nos hablara. No debemos decir “felices aquellos que pudieron verlo”. Porque muchos de los que lo vieron lo crucificaron, y muchos de los que no lo vieron creyeron en él. Las mismas palabras que salían de la boca del Señor se escribieron y se guardaron y conservaron para nosotros”.

De ahí que, siempre que asistimos a la misa, debemos prestar atención a la Palabra, es decir, a la Voz del Señor que es “útil para enseñar, para rebatir, para corregir, para educar a fin de que el hombre de Dios –nosotros- sea perfecto en toda obra buena” (2Tm 3, 16). El Papa Francisco en su exhortación “El Gozo del Evangelio”, invita a todos los bautizados, a ti y a mí, a tener una gran familiaridad con la Palabra. Al respecto dice nuestro querido Papa: “quien quiera predicar, primero debe estar dispuesto a dejarse conmover por la Palabra y a hacerla carne en su existencia concreta, pues la predicación “es comunicar a otros lo que uno ha contemplado” (EG 120).

La sabiduría popular dice “dime con quien andas y te diré quién eres”, también podemos afirmar: “dime que lees y te diré que piensas”. Si leemos asiduamente la Palabra, poco a poco, nos pareceremos a Él, seremos conformados a Él, tendremos sus mismos sentimientos y pensamientos, y obraremos según su Palabra. Es decir, hermanas y hermanos, queridos jóvenes, que cuando oramos hablamos con Dios, cuando leemos su palabra es Él quien nos habla.

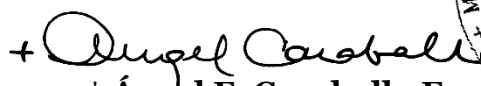
Siempre hemos de leer con frecuencia las Sagradas Escrituras. No debemos justificarnos: no tengo tiempo, tengo mucho trabajo, no la entiendo, me aburro. Es el libro que nos indica el camino que hemos de recorrer para alcanzar la salvación, la felicidad plena, estar en su presencia por toda la eternidad. No nos vaya a suceder lo que le pasó a un moribundo padre de familia. Mandó llamar a la esposa y a sus hijos y les dijo: “traigan un papel y escriban el epitafio que van a grabar sobre mi tumba”. Ah papá, le dijeron los hijos ¡mejor no pensemos todavía en eso! Sí, respondió el enfermo. Quiero que mi epitafio les recuerde a ustedes algo, que no le debería suceder a ninguno a la hora de la muerte. Dirá así mi epitafio: “Aquí está sepultado un cristiano que murió sin leer el libro que lo iba a salvar: La Santa Biblia”. Y se echó a llorar. Ya era demasiado tarde.

Lamentablemente, muchos católicos, de escasa información religiosa y por estar a la moda, quieren escuchar a Dios a través de los magos, los psíquicos, los horóscopos, los adivinos o mensajes de extraterrestres, pecando gravemente contra la fe, enriqueciendo a esos embaucadores y creándose problemas de conciencia. Dios, que no puede engañarse ni puede engañarnos, nos dice: «No ha de haber en ti nadie que haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, que practique adivinación, astrología, hechicería o magia, ningún encantador ni consultor de espectros o adivinos, ni evocador de muertos. Porque todo el que hace estas cosas es una abominación para Yahvé tu Dios» (Dt 18,10-12).

Jesús nos habla hoy a través del hermano, especialmente del más necesitado, del excluido, del explotado. Él nos dice, en el pobre, “tengo sed”, “tengo hambre” “estoy enfermo” “necesito que me escuches”. “A veces –nos dice el papa Francisco- sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor –de los pobres-. Pero, Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios, que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos, de verdad, entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura” (EG, 270). Nuevamente, el Señor nos pregunta: ¿Dónde está tu hermano? (Gén 4, 9). Ojalá que, al escuchar esa voz, no nos tapemos los oídos ni endurezcamos el corazón.

Sabemos, hermanas y hermanos, que Dios, en su Hijo Jesucristo, nos dijo todo lo que tenía que decirnos. Por eso, cuando le pedimos al Señor nuevas revelaciones, respuestas a nuestras dudas, nos repite las palabras que pronunció en el Tabor: “Escúchenlo”. Lean el Evangelio, ahí encontrarán todo lo que buscan, léanlo con fe, porque son palabras de salvación para el alma.

Que Nuestra Señora de Rosario, que “reflexionaba todo y lo guardaba en su corazón”, nos ayude a abrir bien nuestros oídos y nuestros corazones, a fin de escuchar y acoger la palabra de vida eterna, capaz de darnos vida y vida en abundancia. Así sea.

+ 
† Ángel F. Carballo F.
Obispo de Cabimas



Prot. 2023/132